



LEYENDA HISTÓRICA

SOBRE EL MILAGROSO HALLAZGO

DE LA

IMAGEN DE LA MARINERA

Y SU TRASLACIÓN Á

MEDINA DE RIOSECO,

POR EL LICENCIADO

A. Serapio Baquero

PÁRROCO DE SANTA MARÍA Y ARCIPRESTE.

El producto de esta publicación se destina á reparar los desperfectos de la iglesia de Santo Domingo, donde se venera tan milagrosa imágen.

1890.

Precio de cada ejemplar, 40 céntimos de peseta.



C.1173033

T.129201

DGCL
A



LEYENDA HISTÓRICA

SOBRE EL MILAGROSO HALLAZGO

DE LA

IMAGEN DE LA MARINERA

Y SU TRASLACIÓN Á

MEDINA DE RIOSECO.

POR EL LICENCIADO

D. Serapio Baquero

PÁRROCO DE SANTA MARÍA Y ARCIPRESTE.

El producto de esta publicación se destina à reparar los desperfectos de la iglesia de Santo Domingo, donde se venera tan milagrosa imàgen.

1890.

Precio de cada ejemplar, 40 céntimos de peseta.





RIOSECO.

Est. Tip. Lit. de Lorenzo Santaefemia.

Plaza Mayor, 16.



Muchas son las denominaciones con que la piedad católica viene expresando su tierno afecto y su inalterable confianza hacia la Augusta Madre de Dios: sus imágenes se han multiplicado prodigiosamente en todas partes; sus santuarios han llenado la tierra; donde quiera tiene templos y altares, y aunque una misma siempre en su esencia y en su personalidad indivisible, cada pueblo se ha complacido en atribuirle aquella advocación que mejor cumplía á su tierna piedad, bien fuese para consignar el recuerdo de algún especial beneficio, ó bien para perpetuar la memoria de alguna insigne aparición, porque en todas partes se ha observado que esos diversos títulos con que se honra y venera á María Santísima envuelven algún hecho histórico ó llevan vinculado algún prodigio de su poder y de su amor.

Consultando los monumentos tradicionales que la preclara Orden de Predicadores conserva con tanto esmero en sus archivos,

hallamos que en esta ciudad se venera desde tiempos muy remotos una preciosa imagen que la piedad de nuestros mayores proclamó con el dictado de Nuestra Señora la Marinera, aludiendo, sin duda, á su milagrosa aparición en el mar, que tuvo lugar el año de gracia de 1541 con las circunstancias que vamos á reseñar brevemente para perpetua memoria de los habitantes de Medina de Rioseco.

«En una nave que de la América de dirigia á las costas de nuestra península, venia entre otros pasajeros el ilustre D. Fray Tomás de Berlianga, obispo que era de Panamá, á cuya alta dignidad le habia elevado el emperador Carlos V por su mucha piedad y grandes virtudes. En aquellos remotos paises habia consumido lo mejor de su vida el santo obispo convirtiendo á los habitantes á la religión del Crucificado. Quebrantada su salud con sus muchos trabajos y desvelos y deseoso de una vida más tranquila, venia á España á hacer renuncia de su obispado y á encerrarse en algún convento de los muchos que en nuestra nación tuvo el Orden de Predicadores, á la que pertenecia el piadoso

Berlanga. Sus rentas y riquezas las había empleado en socorrer á los pobres de su diócesis; traía sin embargo á la península un capital suficiente para la fundación de otro convento más de Dominicos.

Ningún contratiempo sufrió la nave donde venia el obispo de Panamá, en las dos primeras semanas de embarcación, pero á los veinte días sobrevino una tan furiosa tormenta que amenazaba á todos los tripulantes grandes y horrorosos peligros. Cubierto el firmamento de densas nubes; rugiendo alborotadas las olas, comprendieron todos que se hallaban sus vidas demasiado expuestas para no implorar las misericordias del cielo.

Inútiles eran los esfuerzos de los marineros para procurar salvar la nave; la tempestad con todos sus horrores dominó en el mar, y no pudiendo resistir ni dominar el furioso empuje de los elementos; sin esperanza de salvación, entre lágrimas, amarguras y desconsoladas voces se preparaban á perecer entre los abismos del Océano.

Muchos de los pasajeros eran mercaderes españoles que habían ido á hacer fortuna en el Nuevo Mundo, y al considerar el inminen-

te peligro en que se hallaban de desaparecer entre las olas con las muchas riquezas que traian, viéndose así privados del consuelo que venian acariciando de disfrutar en su patria y al lado de sus queridas familias del fruto de sus trabajos, unos, desesperados é impios, profiriendo tristes quejas y duras recriminaciones. Al que dirige los destinos de los hombres; otros suplicándole con fervor los salvara, ó les perdonaran sus culpas, produjeron todos tan horrible desconcierto y confusión, que en vano procuraba el ilustre prelado animarlos y consolarlos con sus cariñosas palabras.

Rogad, les decía, á la Augusta Reina de los Angeles, á la hermosa estrella de los mares, que Ella, sí con fé invocamos su poderoso auxilio, nos librará del naufragio. Con estas palabras el venerable ministro del Sr. consiguió que la esperanza volviera otra vez á los angustiados corazones. Entonces, hincando sus rodillas en tierra los navegantes, comenzaron á orar fervorosamente, y en sus plegarias ponian por interesora á la Virgen María invocándola con los nombres más dulces y agradables.

Entretanto el viento continuaba silbando con aterrador estrépito y hacía crugir con frecuencia los altos mástiles de la nave. Las agitadas olas, jugando con ella, la hacían dar diversos giros y vaivenes, siempre consternando á los infelices viajeros que en cada uno de sus movimientos creían encontrar la muerte.

Animoso, sin embargo, el obispo de Panamá se reviste de todos sus ornamentos pontificales, y apareciendo de nuevo entre la tripulación, se postra de rodillas y eleva sus ojos al cielo exclamando: “Poderosa Señora de cielos y tierra, Estrella salvadora de los mares, tened compasión de nosotros: oid nuestros ruegos é interceded con vuestro amado Hijo para que aplaquen su furia los elementos.” Esta invocación tan fervorosa del ilustre prelado fue interrumpida de pronto por las voces y gritos de los navegantes, quienes observando que se levantaba una grande ola, en la que se dejaba ver un bulto enorme, se consideraban ya perdidos. La ola crece y aumenta de volúmen con pasmosa rapidez; el bulto que sobre ella se distingue cada vez se aprósima más á la nave.

Algunos se figuran que es un monstruoso Cetáceo, otros dicen ser los restos de destrozadas embarcaciones, y otros, en fin, viendo en él un inminente peligro se disponen á morir entre desgarradores ayes y horribles gritos.

¡Salvadnos, Virgen Maria, Salvadnos! prorumpen todos animados por el piadoso prelado. ¡Salvadnos, Señora, Salvadnos! repite tambien éste uniendo su súplica á la de los angustiados pasajeros.

Jamás desoye la misericordiosa Madre de los cristianos la voz de sus humildes y devotos siervos: la ola, aquella ola que iba á estrellarse contra el costado de la nave, se resuelve milagrosamente y arroja sobre su cubierta un bulto que no era mas que una grande y muy pesada arca. Al mismo tiempo, serenándose el firmamento y volviendo la calma á los mares, renacen tambien las perdidas esperanzas de los afligidos navegantes, quienes llevados de la curiosidad de saber lo que contenia aquella misteriosa caja, todos quieren abrirla; pero deteniendolos el obispo y el capitan, ambos dicen que á ellos solos pertenece lo que en ella se en-

cuentre.

Permitidme, capitán, dice el obispo, que me haga cargo yo sólo de esto que debe ser un rico presente que los cielos benignos nos envían. Perdonad, contesta el jefe de la tripulación, que me oponga á vuestros deseos: yo solo mando en esta embarcación, y todo lo que á ella venga, como esta arca me pertenece. Largo rato disputaron el capitán y el prelado sobre á quien de ellos pertenecía la caja; pero conviniendo en que, si era una cosa sagrada, se adjudicaría al obispo, y, en el caso de ser un tesoro, al capitán, se procedió á abrirla con gran contento de todos, pue se hallaban impacientes por saber lo que allí se encerraba.

No hicieron más que desclavar las primeras tablas cuando, saliéndolo del fondo del arca grandes resplandores, quedaron todos deslumbrados con aquel tan inesperado golpe de luz. Por fin, se abrió por completo y apareció un objeto envuelto entre sutilísimos cendales; desenvolviólo el prelado y con gran júbilo de su corazón descubrió una preciosa Imagen de la Virgen Santísimo ¡Mio, mio es este rico tesoro! exclamó el obispo de

Panamá, mostrando á los tripulantes el bello simulacro de Maria. No solo, continuó el respetable anciano, quiere salvarnos la Señora, sino que en prueba de su inagotable cariño y de su singular afecto, nos envia este hermoso presente; veneremosla en él y demosle rendidas gracias por tan distinguidos favores: al oír esto todos los tripulantes se postraron ante la efigie de Nuestra Señora, y de todos los labios salieron palabras de alabanza y de gratitud.

El capitán, que se habia visto defraudado en sus esperanzas, pesaroso ya de haber consentido que se quedara con la imagen el ilustre prelado, se acercó á este y por sugestión de otros viajeros que sin duda deseaban poseer aquella valiosa joya, le indicó que sentía privarle de ella; pero que él, era el único verdadero dueño. Iba ya á transigir el obispo, aunque con grande sentimiento de ceder á otro la imágen que á él sólo pertenecía; pero ocurriéndole la idea de sortearla entre los dos, se lo propuso á su competidor, que aceptó; mas por tres veces seguidas favoreció la suerte al piadoso Berlanga.

Llegó este por último á España con su ri-

co tesoro, y ansioso de fundar cuanto antes un convento de su orden; mientras se edificaba, erigió en la villa de Berlanga, obispado de Sigüenza, un humilde santuario, en cuyo altar colocó la preciosa estatua de Nuestra Señora.

Desde el momento que en él estuvo la Virgen del Rosario, bajo cuya advocación fue venerada en aquel país, se dejaron sentir los efectos de su poderosa intercesión obrando muchos milagros en bien de los fieles que la imploraban en sus infortunios y aflicciones. Por eso la devoción que se la tuvo, y todavía se la tiene, raya en frenesí entre las gentes de la villa de Berlanga, desde cuyo punto fué trasladada á esta ciudad de Medina de Rioseco tan pronto como hubieron terminado los trabajos del convento de Santo Domingo fundado por el ilustre obispo de Panamá; y fue tan grande el sentimiento de los vecinos de Berlanga cuando esta traslación de la preciosa imágen de Maria, que no consintieron se tragese á Rioseco sin antes quedarse con el Niño Jesús que tenia en brazos la Señora.

Tales son los antecedentes que hemos po-

dido recoger y que nos suministra la historia de consumo con la tradición sobre el milagroso hallazgo de Nuestra Señora la Marinera y su traslación á esta ciudad de Rioseco, cuyos habitantes la han honrado siempre con religioso entusiasmo, trascendiendo su devoción no solo á los pueblos vecinos, sino también á otros muchos de Castilla la Vieja; y por cierto que era un extremo edificante el hermoso espectáculo que ofrecían aquellas caravanas de fieles que solían venir de puntos lejanos á celebrar la fiesta de su aparición milagrosa, la que tenía lugar el último día de la Pascua de Resurrección, depositando al pié de su altar valiosas dádivas que el vandalismo de nuestro siglo arrebató, y ya sólo puede lucir, las ricas andas de plata que tiene su cofradía en usufructo por haberselas cedido en tal concepto la piedad de una familia particular para salir en procesión el día en que Nuestra Madre la Iglesia celebra la festividad del santísimo Rosario, apiñándose multitud de fieles de todas las clases y condiciones en torno de tan majestuosa imagen. Al cerrar este periodo se nos viene á la memoria aquel rasgo de elocuencia

cristiana conque un genio ilustre del siglo pasado apostrofaba á los incredulos: «Infelices... os jactabais de haber abolido el culto de Dios y desterrado de nuestra sociedad la devoción y cofradias de la Santisima Virgen... pero ¿dónde está vuestra victoria? Dios reina entre nosotros, y los estandartes de Maria brillan como en los mejores tiempos del Catolicismo: todos los dias y á todas las horas temblais de rabia al ver la influencia que llena nuestros templos: ellos, es verdad, ya no son ricos, pero todavia son sagrados; están desnudos, pero llenos: la pompa de las riquezas ha desaparecido, pero el culto ha quedado; ya no habrá mármoles ni alhajas preciosas, que habeis robado, pero hay devoción y sentimiento católico que no robareis jamás.»

Este rasgo de elocuencia tiene confirmación á nuestra vista: no pudiendo olvidar los de Rioseco los innumerables favores que les han sido dispensados por la intercesión de la imagen de la Marinera—entre los que merece especial mención la súbita y milagrosa desaparición del cólera en el año 1855, cesando sus estragos y volviendo á renacer las más

risueñas esperanzas desde el momento mismo en que la bendita imágen se dejó ver frente al barrio más invadido, que lo era el que forman las calles de San Buenaventura y la Sal-con frecuencia dirigen sus miradas á la desmantelada y pobre iglesia de Santo Domingo, poniendo reverentemente á los piés de la Santísima Virgen los fervientes votos de sus agradecidos corazones, y obsequiandola con la devoción que le es más grata y que todos conocemos con el nombre del Santísimo Rosario.

Bella ocupacion la nuestra si merece que la Reina de los Angeles admita nuestra pobre ofrenda; y si que la admitirá porque es amable como Rebeca, dulce como Raquel, como la mujer de Josué tierna y compasiva, y como Ester piadosa; si que la admitirá por que su amoroso manto no está plegado, ni sus misericordiosos ojos han perdido su natural compasión; si que la admitirá porque los sentidos lamentos de unos hijos desterrados de su patria, nunca dejaron de encontrar el lado derecho de su corazón amantísimo.

No necesitaríamos decir más al lector de-

voto de la imágen de la Marinera, para persuadirle la práctica del Santísimo Rosario, que tan acomodada es para saludar á esta Señora por estar, digámoslo así, bautizada con esta advocación; pero como algunos se figuran ver dificultades donde no las hay, forzaremos nuestro razonamiento para probar que tal devoción, sobre ser tan aceptá á la Reina de los cielos, es utilísima en si misma y muy fecunda en gracias, consuelos y bendiciones.

Redúcese el Santo Rosario á combinar la oración dominical, ó sea el Padre nuestro con un número determinado de Ave Marias, lo cual, es claro, no ofrece dificultad de ningún género. Y tanto es así que, bien estemos postrados en una cama, bien nos veamos precisados á hacer largos viajes; ya nos dediquemos á cultivar la tierra ó á cualquiera de los trabajos mecánicos y corporales, siempre podremos solos y acompañados rezar el Santo Rosario y experimentar sus saludables efectos.

Así por ejemplo: una madre de familia, sin faltar en lo más mínimo á sus ocupaciones domesticas, podrá ofrecer todos los dias

este obsequio á María Santísima haciendo la distribución de los misterios del modo ingenioso que vamos á proponer: Al levantarse de la cama rezará el primer diez; cuando sienta el toque para alguna misa el segundo; el tercero al oír la señal del mediodía quedandola toda la tarde para terminar por lo menos la tercera parte del Rosario que se compone, como es de todos sabido, de cinco dieces.

Á los que se ocupan en las labores del campo también les sera fácil cumplir todos los dias esta hermosa devoción, rezando el primer diez, ó cuantos puedan, desde que salen de casa hasta que lleguen al punto de su trabajo, haciendo lo mismo á su regreso, siempre que haya algún inconveniente para establecer esta práctica en nuestras mismas casas y rezarle en familia, que seria lo mejor.

De cualquier modo que se haga, vamos viendo que no hay que discurrir mucho cómo ha de rezarse todos los dias el Santo Rosario. Aquí todo es sencillo y sobradamente fácil: la plegaria ú oraciones de que se compone son las mismas que nos enseñan nues-

tras madres tan luego como podemos pronunciar distintamente las palabras ¿y habrá algún cristiano que ignore el Padre nuestro y el Ave Maria?

Al fin de cada decena acostumbramos á invocar á las tres adorables Personas con el Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto; de suerte que cuando rezamos el Rosario, ponemos digámoslo así, en conmoción todo el cielo, que no podrá menos de deshacerse en lluvia de favores sobre el pueblo cristiano, cuando en armonioso clamoreo ora y pide el remedio de alguna necesidad, ó se interesa por la paz de la iglesia, extirpación de las energías y exaltación de la fé católica.

Tal vez la repetición del Ave Maria parecerá al hombre indiferente monótona y sin gracia; mas lo que para los indiferentes es insípido ó frío, no lo es para un corazón amante. Bien sabemos que los impios se sonríen viendo desfilar en ordenada procesión todo un pueblo, que sigue los estandartes de la Virgen cantando el Santo Rosario y repitiendo unas mismas palabras; pero los que están iluminados con una luz mejor—decía el célebre Lacordaire hablando desde el pri-

mer púlpito de Francia-comprenden que el amor no tiene más que una palabra, y que diciéndola siempre, se le figura no la repite nunca. De repeticiones se compone el lenguaje del amor, y ni el amor conyugal, ni el amor filial, ni el amor maternal-por no mentar el amor culpable-jamás se han cansado de este lenguaje.

Procuremos, por tanto, ser fieles á la piadosa costumbre que hemos adquirido de nuestras cristianas madres de rezar en nuestras casas todos los días el Santo Rosario, sin olvidar jamás que en las familias como en los pueblos y lo mismo en los individuos se considera esta práctica como señal inequívoca de fé y de piedad, no habiendo una persona bien nacida y regularmente educada que no tenga por estilo el ofrecer con frecuencia este pequeño obsequio á la gran Madre de Dios.

Aparte de otros motivos, hagamos cuestión de delicadeza el que se diga que en nuestras casas se halla establecida tan piadosa costumbre, con lo cual secundariamos los deseos é intenciones del actual Pontífice reinante León XIII, el que buscando un re-

medio para los males que aquejan á la Iglesia y á la sociedad, ha dado una ojeada á los siglos que nos han precedido, y aprovechando las enseñanzas que nos suministra la historia, ha adquirido la convicción de que la práctica del Rosario es la que más agrada á la Virgen Santísima, siendo al propio tiempo esta devoción la más propia para la defensa de la religión y de la sociedad y para atraer sobre nosotros toda suerte de beneficios públicos y particulares.

Para excitar nuestra piedad el Vicario de Jesucristo ha dirigido repetidas Encíclicas á los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del orbe católico concediendo copiosas gracias espirituales á los que, después de haber purificado sus almas con los sacramentos de la Penitencia y Comunión, practiquen las obras que en dichos documentos se prescriben; siendo muchísimas las indulgencias plenarias que pueden ganarse cada año, y verdaderamente innumerables las parciales que pueden lograr cada día especialmente aquellos que se hallen inscriptos en el gran catálogo de los cofrades del Rosario, donde se conservan registrados los nombres

y apellidos de las personas más eminentes en virtud y en ilustración y tantos millares de fieles de ambos sexos que hacen particular profesión de honrar á María Santísima, circunstancias que nos hacen considerar la cofradia del Rosario como la más recomendable de todas las demás cofradias, y la más digna de los aplausos y bendiciones del pueblo cristiano.

Lo dicho será muy bastante para excitar nuestra codicia espiritual y para no permitirnos un punto de reposo hasta conseguir la reaparición de aquellos dichosos tiempos de prosperidad y de grandeza para Rioseco, en que tan visitada era la iglesia de Santo Domingo para festejar á la imagen de la Mar nera, bien persuadidos de que, haciendolo así, la tendrémos propicia en todos los apuros y calamidades de la vida; y en la hora de nuestra muerte acogerá nuestro espíritu en sus brazos para que seamos dignos de alcanzar y gozar de las promesas de Jesucristo en la eterna bienaventuranza. Amen



RIOSECO.

Est. Tip. Lit. de Lorenzo Santaefemia.

Plaza Mayor, 16.